

Repensar la pobreza

*Un giro radical en la lucha contra la
desigualdad global*

Abhijit V. Banerjee y Esther Duflo

REPENSAR LA POBREZA

Un giro radical
en la lucha contra
la desigualdad global



Abhijit V. Banerjee _
Esther Duflo _

taurus


Taurus

Páginas: 376 / Precio: 22,00€

Para ampliar esta información
puedes contactar con:

Lucía Cobos González

T 669 76 19 00

coboslu@santillana.es



Abhijit V. Banerjee

La India, 1961

Profesor de Economía en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), ha sido presidente del Bureau for Research in the Economic Analysis of Development y *fellow* de la Fundación Guggenheim y la Fundación Alfred P. Sloan. Ha recibido numerosos galardones, incluyendo el Premio Infosys, en 2009, y ha sido asesor honorario de muchas organizaciones, entre ellas el Banco Mundial y el gobierno de la India.



Esther Duflo

Francia, 1972

Es profesora de Lucha contra la Pobreza y Economía del Desarrollo en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Estudió en la École Normale Supérieure de Paris y en el MIT. Ha recibido numerosos premios y galardones, incluyendo la Medalla John Bates Clark de 2010 al mejor economista estadounidense menor de 40 años y un premio «genius» de la Fundación MacArthur en 2009. Fue incluida entre los ocho mejores economistas jóvenes por la revista *The Economist*, entre los cien pensadores más influyentes del mundo por la revista *Foreign Policy*, entre los «cuarenta líderes empresariales menores de cuarenta» más destacados de 2010 por la revista *Fortune* y ha sido elegida por la revista *Time* como una de las 100 personas más influyentes del año 2011 además de ser candidata al Nobel de Economía.

La crítica ha dicho

Ganador del Financial Times & Goldman Sachs Business
Book of the Year Award 2011

«Un libro maravilloso y lúcido de dos destacados investigadores sobre la naturaleza real de la pobreza.»

AMARTYA SEN, Premio Nobel de Economía

«Es el ensayo más interesante que he leído en mucho tiempo. *Repensar la pobreza* es asequible a cualquier lector. Está lleno de sorpresas y va a cambiar nuestra manera de pensar sobre la pobreza y lo que se debe hacer para aliviarla.»

MOISÉS NAÍM en «Lea este libro», *El País*

«Este libro debe ser de lectura obligada para cualquier persona que se preocupe por la pobreza en el mundo. Hace muchos años que no leía un libro que me enseñara tanto. *Repensar la pobreza* representa lo mejor que la economía puede ofrecer.»

Steven D. Levitt, autor de *Freakonomics*

«*Repensar la pobreza* debe apaciguar a algunos [de los autores] críticos. [...] En efecto, Duflo y Banerjee, tal vez mucho más que algunos de sus discípulos, son grandes teóricos además de concienzudos empíricos.»

The Economist

«Diferente es, justamente, el enfoque que [...] han utilizado. Su libro es "un viaje por la vida económica, increíblemente dispar y compleja de los pobres". Precisamente es la exploración y la comprensión de los pobres, en lugar del esbozo de la fórmula antipobreza, lo que hace que sea una lectura convincente e importante.»

Forbes

«Abhijit Banerjee y Esther Duflo son alérgicos a las grandes generalizaciones sobre el secreto del desarrollo económico. En su lugar, apelan a muchas observaciones y experimentos locales para explorar cómo la gente pobre en países pobres hacen frente a la pobreza [...]. Yo esto fascinado y convencido.»

ROBERT SOLOW, Premio Nobel de Economía

Sinopsis

¿Cómo se vive con menos de un dólar al día? ¿Por qué los microcréditos resultan útiles pero no son el milagro que algunos esperaban? ¿Por qué los pobres dejan pasar las campañas de vacunación gratuita pero pagan por medicinas que a menudo no necesitan? ¿Por qué sus hijos pueden ir a la escuela año tras año y no aprender nada? ¿Por qué no siempre invierten en obtener más calorías, sino calorías que saben mejor?

Nuestra tendencia a reducir a los pobres a un conjunto de clichés nos ha impedido hasta ahora comprender los problemas a los que se enfrentan a diario. Dado que poseen tan poco, hemos asumido que no hay nada de interés en su vida económica. Las políticas gubernamentales destinadas a ayudarles muchas veces fracasan porque se fundamentan en suposiciones erradas con respecto a sus circunstancias y su conducta.

Repensar la pobreza supone un revolucionario giro en el modo de abordar la lucha global contra la pobreza. Sus autores, dos consagrados economistas del MIT, han acudido directamente a los protagonistas para comprender cómo funciona de verdad la economía de los pobres, cuáles son sus motivaciones y aspiraciones. Los resultados de sus observaciones contradicen muchas de nuestras creencias más arraigadas.

El innovador planteamiento de este libro empieza por cambiar las preguntas. A partir de ahí, ofrece las respuestas y, con ellas, un gran potencial transformador y una guía esencial para políticos, activistas y cualquier persona preocupada por construir un mundo sin desigualdad.

Introducción

El principal problema al enfrentarse a la pobreza radica en que hasta ahora no se ha considerado a los propios pobres como una fuente de información válida y efectiva a la hora de definir los problemas y las soluciones en la desigualdad global. Banerjee y Duflo desvelan la importancia que tiene —y va a tener— acercarse a las víctimas y distinguirlas como protagonistas y sujetos clave en el desarrollo de las acciones antipobreza. *Repensar la pobreza* nos permite, justamente, reconsiderar los puntos de partida y las generalizaciones y definir otro tipo de teoría para aplicar una nueva práctica. Esta debe romper con los clichés en los que caen algunos proyectos de ONGs y gobiernos, debe acercarse al problema, romper la barrera de la distancia entre el que ayuda y el que es ayudado.

En los 50 países donde vive la mayoría de los pobres, el umbral medio de pobreza se sitúa en 16 rupias indias por persona, es decir, 36 céntimos de dólar. Los precios en estos lugares son más bajos; el equivalente en Estados Unidos sería de unos 99 céntimos de dólar. Es decir, para posicionarse al nivel de pobreza que se evalúa, es preciso imaginarse viviendo en un ciudad como Manhattan con menos de un dólar al día para todos los gastos, a excepción del alojamiento. En 2005, 865 millones de personas (el 13% de la población mundial) gestionaban su vida, y la de su familia, con esta cantidad. Por lo tanto, se vuelve imprescindible conocer la vida económica de los pobres para poder llevar a cabo políticas útiles.

«Cada capítulo de este libro relata una búsqueda para descubrir cuáles son estos escollos y cómo se pueden superar. Empieza con los aspectos básicos de la vida familiar: qué compran; cómo tratan la escolarización de sus hijos, su

propia salud o la de sus hijos o padres; cuántos hijos deciden tener, etcétera. A continuación se describe cómo funcionan para los pobres los mercados y las instituciones: ¿pueden pedir préstamos, ahorrar y asegurarse frente a los riesgos que afrontan? ¿Qué hacen por ellos los gobiernos y cuándo les fallan? A lo largo de todo el libro se retoman las mismas preguntas básicas. ¿Existen vías para que los pobres mejoren su vida? ¿Qué les impide utilizarlas? ¿Es mayor el coste de empezar, o eso es fácil y lo difícil es continuar? ¿Qué hace que las cosas sean costosas? ¿La gente se da cuenta de la naturaleza de los beneficios? Si no es así, ¿qué es lo que dificulta su comprensión?»

Desde Occidente

Las primeras reacciones contra la pobreza han sido siempre de generosidad. La esperanza se pierde rápido ya que se tiende a hacer preguntas demasiado grandilocuentes que no tienen respuestas claras y operativas que permitan un trabajo humanitario con sentido. No se cuestionan los remedios contra la malaria, sino las causas absolutas de la desigualdad y la pobreza.

Hasta ahora pueden distinguirse dos claras tendencias de actuación al respecto: por un lado, la ayuda externa resulta fundamental ya que permite que los países pobres puedan invertir en zonas críticas; la otra vía sostiene que la ayuda hace más mal que bien, al disuadir a la gente de buscar soluciones propias, al corromper y socavar las instituciones locales y crear un entramado de ONGs que tiende a perpetuarse. En este sentido, y pese al análisis estadístico, es improbable conocer los efectos de la ayuda a gran escala, pero sí es posible, como hacen los autores, detenerse en los ámbitos en los que ha sido muy útil y en los que no.

Los ejemplos se suceden a lo largo de la obra para ilustrar de manera cercana y práctica la problemática. Por ejemplo, la distribución de mosquiteros en el África subsahariana para prevenir el contagio de la malaria, ¿debe subvencionarse?, ¿deben regalarse, venderse a precio de mercado?, ¿se utilizan? ¿Una vez deteriorados, se adquieren unos nuevos? Conocer lo que están dispuestos a pagar los pobres y si los van a usar cuando los consiguen gratis no es relevante sólo en lo que se refiere a la distribución del bien, sino porque ayuda a entender su toma de decisiones, sus prioridades y su gestión de la economía.

En 2003 los autores fundaron el Laboratorio de Acción de la Pobreza (Poverty Action Lab), que más tarde se convirtió en el Abdul Latif Jammal Action Lab (J-Lab). «La respuesta al trabajo de J-PAL sugiere que muchos comparten nuestra premisa básica, es decir, que es posible conseguir un avance muy significativo en la lucha contra el mayor problema del mundo mediante la acumulación de una serie de pequeños pasos, cada uno de ellos bien pensado, probado cuidadosamente y realizado con criterio». Los estudios que se utilizan en *Repensar la pobreza* siguen esta línea, y presentan, como rasgos comunes, un alto nivel de rigor científico, la disposición a aceptar el veredicto de los datos y un enfoque basado en preguntas concretas y específicas que tienen relevancia para la vida de las personas pobres. Los autores identifican las múltiples «trampas» que existen tanto para los que viven en la pobreza como para los que quieren eliminarla. Es muy fácil caer en medidas equivocadas, sobre todo dentro de lo que los autores llaman las «tres íes»: ideología, ignorancia e inercia. Y además, se debe lidiar con el inevitable escepticismo en relación a las supuestas oportunidades que se les brinda y a la posibilidad de que haya cambios radicales en sus vidas.

Vidas privadas

El hambre

La pobreza no es sólo la falta de dinero, es también la incapacidad para desarrollar el potencial de una persona como ser humano. El hambre y la miseria, además de deshumanizar, son dos de las verdaderas trampas de la pobreza: los pobres que no puedan permitirse una nutrición suficiente serán menos productivos y esto, a su vez, les mantendrá en las mismas condiciones de una manera casi crónica. Uno de los casos en que se detienen los autores para ilustrar esta trampa es en el de un hombre demasiado débil para hacer un trabajo físicamente más exigente, demasiado inexperto para hacer las tareas más cualificadas y demasiado deteriorado para empezar como aprendiz en cualquier otro empleo. Puede ocurrir que quienes tengan acceso a una mayor alimentación realicen trabajos agrícolas mejor pagados, sin embargo, un supuesto oculto tras la trampa es que no siempre se come tanto como se puede o se «debe»: un hogar pobre representativo que suprimiese totalmente el gasto en alcohol, tabaco y fiestas podría aumentar su consumo de comida hasta en un 30 por ciento. Existen alternativas, pero deciden en muchos casos no gastar en alimentación todo lo que podrían. Cuando las personas muy pobres tienen la posibilidad de gastar algo más de dinero en ello, no siempre lo usan para conseguir más calorías, sino para comprar alimentos más ricos, más sustanciosos y apetecibles, para obtener «calorías más caras».

La inanición es una realidad en el tercer mundo, pero la mayor parte de la responsabilidad se la lleva la repartición de la comida. No hay una escasez absoluta como tal: según los datos, el porcentaje ha caído drásticamente con el paso del tiempo, pasando del 17 por ciento de población en 1983 al 2 por ciento en 2004. Por tanto, es posible que se coma menos porque haya menos demanda alimenticia, menos hambre, pero aun así impera la teoría de que la mayor parte de las hambrunas recientes no han sido causadas por un problema de disponibilidad o existencia de alimentos, sino por fallos institucionales que llevaron a una mala distribución, o incluso por acaparamiento y almacenamiento.

Los aspectos más sorprendentes de la gestión de sus recursos se ponen en evidencia al entrar en contacto directo con la población. Por ejemplo, un entrevistado en Marruecos afirmaba: «Oh, ¡la televisión es más importante que la comida!». Los autores, tras pasar algún tiempo en ese pueblo marroquí, entendieron algunas de las razones: la vida en el pueblo es aburrida, no hay salas de cine, no hay salas de conciertos, no hay siquiera donde sentarse, charlar y ver pasar a la gente. Parece probado, en este sentido, que los pobres no invierten en más cantidad y mejor calidad de alimentos incluso cuando crecen sus ingresos; hay demasiadas presiones y deseos que compiten con la alimentación, como la celebración de bodas, funerales o el simple huir del tedio. Por ejemplo, como consecuencia de la epidemia de sida/VIH, aumentaron las muertes en adultos jóvenes, y hubo personas que murieron sin haber ahorrado para los gastos de su funeral y cuyas familias se sentían obligadas a honrarles. Esto significa que una familia, nada más perder a uno

de sus miembros potencialmente más productivos, puede llegar a gastarse en el funeral una cantidad cercana a los 3.400 rands (aproximadamente 825 dólares PPC), lo que equivale al 40 por ciento de los ingresos anuales per cápita.

La sanidad

Las soluciones asequibles y efectivas para prevenir enfermedades no siempre calan o tienen el efecto conveniente entre la población pobre. En el proceso de toma de decisiones a veces gana la inercia —sustentada en la impotencia o el desconocimiento— de adquirir antibióticos que no siempre son necesarios o el sometimiento a operaciones que llegan demasiado tarde. Por lo tanto, la salud es una fuente potencial de trampas. Los servicios de higiene y saneamiento, preventorios de enfermedades, son casi siempre muy escasos: el 42 por ciento de la población mundial vive en una casa sin baño. Los problemas de salud merman de lleno el progreso de la persona, como por ejemplo los ataques reiterados de diarrea durante la infancia, que generan daños permanentes en el desarrollo cognitivo. En este sentido, los autores señalan la existencia de soluciones asequibles e infrautilizadas; algunos remedios son tan baratos que todos deberían poder permitírselos. Muchas familias subsaharianas podrían comprar cloro para limpiar el agua que beben, y sin embargo no lo hacen. Lo que subyace en la falta de interés o provecho es quizá la dificultad fundamental del problema de la salud: existen «escaleras» para escapar de la trampa, pero no siempre se encuentran en el lugar adecuado y hace falta saber cómo subirse a ellas. No es raro, en algunas ocasiones, que se nieguen a hacerlo. Las encuestas revelan que sí les preocupa la salud, pero no es fácil promover o potenciar su disponibilidad para llevar a cabo el esfuerzo extra que supone cumplir con todas las directrices necesarias. Los médicos, por otro lado, carecen de titulación y de motivación en muchos casos, por lo que la atención en la sanidad pública puede llegar a ser nefasta.

El escepticismo es, y ha sido siempre, una trampa primordial. Si en el primer mundo, con el conocimiento de buenos científicos a disposición, a los ciudadanos no les resulta fácil basar sus decisiones en pruebas sólidas, ¿cómo de difícil será para aquéllos que tienen mucha menos información y no tienen motivos fiables para confiar en la profesionalidad de sus médicos? Los problemas, en este punto son comunes a todas las sociedades: la falta de información, el pensamiento débil y la tendencia a dejar las tareas para más tarde. Las situaciones extremas inciden directamente en la resolución de problemas: los pobres deben depender constantemente de una limitada dotación de recursos y por lo tanto lidiar con el autocontrol y la capacidad de decisión.

Los autores consideran que una forma lógica para mejorar la situación es proveer servicios preventivos gratuitos, e incluso recompensar a los hogares por usarlos, y convertir estos servicios en la opción por defecto siempre que sea posible. Como inversiones en salud pública, muchas de estas subvenciones permitirán recuperar su coste a través de la reducción de enfermedades y muertes, y del aumento de los ingresos (los niños que enferman menos van más a la escuela y los adultos sanos ganan más). La riqueza posibilita la exención de tener que invertir tiempo y energía en estos temas y concede el espacio vital que se necesita para centrarse en el resto cuestiones más elevadas. Pero todo esto, dicen los autores, no exime de la responsabilidad de educar a la gente sobre salud pública. Es tarea de los que disponen de más recursos ofrecer una explicación clara de por qué son

importantes las vacunas y de por qué tienen que completar sus tratamientos con antibióticos.

La educación

En los casos estudiados, las tasas de absentismo de los niños se sitúan entre el 14 y el 50 por ciento. Evidentemente, es inútil construir escuelas y contratar profesores si no existe una fuerte demanda de educación subyacente y una asistencia continua. El objetivo es encontrar la manera de que los niños entren en un aula. A escala mundial, es esperanzador saber que el número de niños que no están escolarizados cayó de 103 millones en 1999 a 73 millones en 2006. Y que entre 1995 y 2008, las tasas subieron en el África subsahariana, en Asia Meridional y en Asia Oriental, incluso en secundaria, dato importante, pues esta educación requiere profesores más caros.

La calidad de la enseñanza es baja porque los padres no se preocupan lo suficiente, y no lo hacen porque creen que los beneficios reales de estudiar (lo que los economistas llaman «el rendimiento de la educación») son reducidos a corto plazo. Existe la idea, entre los teóricos de la pobreza, de que la educación es simplemente «otra forma» de inversión. Sin embargo, los autores insisten en que no se puede permitir que el derecho a la educación sea rehén de la errada ambición o desconocimiento de los tutores. Según los informes de Prantham, la ONG que confecciona el informe ASER (Annual Status of Education Review), los padres ven la educación principalmente como una vía para que sus hijos consigan alcanzar una considerable riqueza pero como si se tratase de un billete de lotería y no de una inversión segura.

La mayoría de los sistemas escolares son fuente tanto de injusticias como de despilfarros. Los hijos de los ricos van a escuelas donde no solo se les enseña más y mejor, sino donde se los trata con sensibilidad y se les ayuda a desarrollar su verdadero potencial. Los pobres que pueden permitirse una educación acaban en escuelas donde desde el principio queda muy claro que no se los acepta o incluso se les rechaza, salvo que muestren algunas capacidades excepcionales. De hecho, se espera que sufran en silencio hasta que abandonen los estudios.

Objetivos poco realistas, expectativas pesimistas e incentivos equivocados a los profesores contribuye a asegurar el fracaso de los sistemas educativos en lo referente a sus dos tareas fundamentales: proporcionar un conjunto de habilidades básicas a todos e resaltar las capacidades. Ante esto, Banerjee y Duflo proponen soluciones concretas: reorganizar el currículo, fijar objetivos más cercanos, tanto para los niños como para los maestros, reforzar los éxitos y utilizar las tecnologías docentes para educar a los estudiantes que tienen, no a un estudiante modelo inexistente.

Las familias numerosas

Mayor población demandará más alimento, más cultivo, más agua de riego, etcétera. Si los hijos de familias numerosas son menos susceptibles a recibir educación, nutrición y cuidados de salud adecuados (lo que los economistas llaman «inversión en capital humano»), y si las familias pobres son más propensas a ser numerosas (porque no pueden permitirse métodos anticonceptivos), se creará un mecanismo para la transmisión inter-

generacional de la pobreza por el cual los padres pobres engendran hijos pobres.

Los datos demuestran que las jóvenes que quedan embarazadas son conscientes de ello en todo momento, pero son ellos los que quieren tener más hijos y ellas no suelen tener ni voz ni voto. Para muchos padres, los hijos son su futuro económico o su inversión vital. Hay casos de padres que procrean hasta nueve hijos para que al menos un par de ellos «salgan bien» y cuiden de ellos en la vejez. Así, los matrimonios suelen ser presos de las inseguridades sociales sin ser conscientes de las posibilidades y los errores sociales. En el caso de los anticonceptivos, «las hinduistas empezaban a usarlos cuando lo hacían otras hinduistas y las musulmanas los tomaban cuando lo hacían otras musulmanas».

Banerjee y Duflo apuestan por una política demográfica más efectiva, donde se muestre que tener tantos hijos es innecesario —especialmente, tantos hijos varones—. Las redes sociales de seguridad que son efectivas — como los seguros médicos o las pensiones de vejez— o incluso el tipo de desarrollo financiero que permite a la gente ahorrar y obtener rentabilidad para su jubilación, podrían generar una reducción sustancial de la natalidad y quizá también de la discriminación contra las niñas.

Las instituciones

Altos riesgos y microcréditos

Los pobres viven inmersos en el riesgo. Éste no se limita a los ingresos o a la comida sino sobre todo a la salud, sin olvidar la violencia política, la delincuencia y la corrupción. Un ajuste del consumo puede significar el recorte de gastos esenciales, por eso diversifican el riesgo: una misma familia puede tener a tres de sus miembros trabajando en siete ocupaciones diferentes, algo, por otra parte, ineficiente, pues elimina la posibilidad de especialización. Dada la situación propia y la de su entorno, es difícil que puedan ayudarse entre ellos, pero las aseguradoras tampoco asumen la inseguridad por el alto riesgo de fraude.

La conclusión de los autores es que existe un margen claro para la acción del gobierno, lo que no significa que tenga que ser el sustituto de un mercado de seguros privado. Entonces, las empresas privadas podrían seguir vendiendo exactamente el mismo tipo de productos que están ofreciendo ahora (riesgos catastróficos con límites estrictos, coberturas para riesgos meteorológicos indexados, etcétera). Dadas las enormes ventajas potenciales que podrían lograrse si los pobres no tuvieran que ser los gestores de los fondos de alto riesgo de sus propias vidas, este parece un muy buen ámbito de actuación en el que usar fondos públicos para promover el bien común.

Otra cuestión de relevancia al hablar de la situación límite es el asunto los préstamos; los que reciben van ligados a un altísimo interés y solamente un 5 por ciento de éstos proceden de bancos comerciales. Ha habido casos de préstamos gubernamentales por interés electoral, con gran índice de morosidad, lo que ahuyenta a los bancos, al igual que la falta de información sobre los pobres, pues hace más difícil la localización de los deudores.

Otra de las grandes dudas que plantea el libro a este respecto es la siguiente: ¿funcionan los microcréditos? En la India, las microfinanzas están enmarcadas en el «sector prioritario», lo que da a los bancos generosos

incentivos financieros para prestar dinero a los pobres en condiciones favorables y esto, a su vez, equivale a una subvención implícita muy elevada. Los líderes de las IMF (Instituciones de Microfinanzas) percibieron que había una evidencia clara de que las microfinanzas funcionaban. La gente de los barrios de Spandana, por ejemplo, era más propensa a iniciar una actividad económica y a adquirir bienes de consumo duraderos, como bicicletas, frigoríficos o televisores. Pero la realidad es que muchas personas pobres no están dispuestas o no son capaces de iniciar un negocio, incluso aunque puedan pedir un préstamo. Además, muchos no se sienten atraídos por los microcréditos, pues no se conceden con la urgencia ni con la flexibilidad que ofrecen prestamistas locales.

Los autores concluyen que el modelo de microfinanzas no está bien diseñado para poner grandes sumas de dinero en manos de individuos que pueden fracasar. Además, ni siquiera a las empresas más consolidadas les resulta fácil conseguir crédito. Éstas concretamente corren el riesgo de ser demasiado grandes para los prestamistas tradicionales y para las agencias de microfinanzas, pero demasiado pequeñas para los bancos.

Es cierto que el movimiento de las microfinanzas ha demostrado que, a pesar de las dificultades, es posible financiar, pero la estructura del modelo no permite contar con él como trampolín para la creación y para la financiación de empresas más grandes. Encontrar vías para financiar a empresas de tamaño mediano constituye el mayor reto futuro para las finanzas en los países en desarrollo.

El ahorro

Banerjee y Duflo recuerdan que en la época victoriana se pensaba que los pobres eran demasiado impacientes e incapaces de pensar en el futuro. El movimiento que se ha producido recientemente entre los entusiastas del microcrédito nos aleja de esta visión de los pobres como descuidados o totalmente incompetentes, pero no ignora que «la posesión de riqueza estimula a las personas a invertir en paciencia; se deduce, por tanto, que la pobreza hace a las personas más impacientes de manera permanente». Todo el ingenio que deben poner los pobres para poder ahorrar puede ser síntoma de no poder acceder a las alternativas convencionales y más sencillas. Los bancos, en gran medida inexistentes, no quieren gestionar cuentas pequeñas, principalmente por los costes administrativos, y las instituciones de depósito están muy reguladas pues a los gobiernos les preocupa la posibilidad de que operadores irresponsables puedan escaparse con los ahorros de la gente.

Además, muchos han rechazado propuestas para poder ahorrar, pues quieren disponer de su dinero a corto plazo. Resulta fácil asumir, como hacían los victorianos, que la motivación y la disciplina son rasgos intrínsecos. Por eso siempre hay cierta preocupación por ser demasiado indulgentes hacia los perezosos. Banerjee y Duflo creen que el problema principal es justo el opuesto: ya que es demasiado difícil «estar motivado cuando todo lo que deseas está lejos, a una distancia imposible de recorrer. Puede que lo único que necesiten los pobres para ponerse a correr hacia la portería sea mover los postes, acercarlos un poco».

Los emprendedores

Muchos observadores destacan el extraordinario espíritu de innovación y emprendimiento que muestran a menudo los pobres. Las verdaderas cifras de los que tienen negocios son extraordinarias. Además, incluso pagando tipos de interés muy altos, como se ha visto, son capaces de devolver sus préstamos. Esto implica que la tasa de rentabilidad del dinero invertido en sus negocios es extraordinariamente elevada. Sin embargo, en la mayoría de las empresas no tienen empleados, y el promedio de asalariados va desde prácticamente cero en la zona rural de Marruecos hasta 0,57 en el México urbano. Sin ir más lejos, en México, el 15 por ciento de las personas que viven con menos de 99 centavos al día tenían un negocio en 2002.

La baja rentabilidad de las empresas gestionadas por personas pobres también permite explicar la razón de que el microcrédito no conduzca a una transformación radical de las vidas de sus clientes. Que los negocios de los pobres sean, en general, poco o nada rentables explicaría por qué darles un préstamo para crear un negocio nuevo no implica una mejora drástica de su bienestar. Esta es la paradoja de los pobres y de sus empresas: tienen energía y dinamismo y consiguen sacar partido de muy poca cosa. Pero la mayor parte de esa energía se dedica a negocios demasiado pequeños y que no se diferencian en nada de los que hay a su alrededor. Banerjee y Duflo creen que una de las causas de que no crezcan las empresas de los pobres remite a la naturaleza de los negocios que tienen.

La realidad es que emprender es demasiado difícil. Los pobres no pueden pedir dinero prestado para superar la joroba, y tardarían demasiado tiempo en ahorrar para poder hacerlo, salvo que sus empresas tuvieran una rentabilidad total sumamente elevada. De esta manera, los autores ponen en duda la idea de que el individuo medio que posee un pequeño negocio sea un «emprendedor natural» en el sentido que se suele dar a este término, es decir, alguien cuyo negocio tiene potencial de crecimiento, que tiene capacidad de asumir riesgos, de trabajar duro y de seguir luchando incluso cuando se multiplican las dificultades. No quiere decir que no haya auténticos emprendedores entre las personas pobres, pero hay otros muchos que gestionan una empresa condenada a seguir siendo pequeña y no rentable. Y es que crear una pequeña empresa muchas veces es la última opción ante la ausencia de un empleo estable. Las empresas a menudo se parecen más a una forma de comprar un empleo, ante la falta de oportunidades para conseguir otros más convencionales.

Por tanto, ¿existen realmente mil millones de emprendedores espontáneos, como dicen los líderes de las IMF y los gurús de los negocios socialmente responsables? ¿O es solo una ilusión que surge de la confusión de lo que llamamos «emprendedor»? Hay más de mil millones de personas que gestionan su propia explotación agrícola o su negocio, pero casi todos lo hacen porque no tienen alternativas. La mayoría se las arreglan para sobrevivir, pero carecen del talento, la preparación o las ganas de asumir los riesgos que requeriría convertir estas pequeñas empresas en sociedades verdaderamente exitosas.

El microcrédito y otras formas de ayuda a las microempresas todavía tienen que desempeñar un papel importante en la vida de los pobres, porque en un futuro próximo estos pequeños negocios continuarán siendo la única vía de supervivencia para muchos de ellos. Pero es fácil caer en el engaño si se cree que pueden preparar el terreno para una salida masiva de la pobreza.

Las políticas

La incompetencia gubernamental es una de las críticas más antiguas por parte de algunos de los escépticos de la ayuda al desarrollo, que sostienen que la ayuda exterior y otros intentos de influir en la política social por personas de fuera probablemente empeoren las cosas en los países pobres en lugar de mejorarlas. Por ejemplo, en Uganda se destinaba dinero para la escuela pública. Tras una inspección se averiguó que la proporción de los fondos que llegaba a los centros era solamente del 13 por ciento. Easterly considera que el verdadero problema del desarrollo no es cómo pensar en buenas políticas, sino cómo arreglar su proceso. Si éste funciona, al final acabarán apareciendo políticas óptimas.

Sachs, por su parte, considera que la corrupción es una trampa de la pobreza. La pobreza la promueve y entre ellas se retroalimentan. Su propuesta es superar la trampa centrando la atención en conseguir que la gente de los países en desarrollo sea menos pobre.

Como vemos, hay quién considera óptimo intervenir (en algunos casos, hasta militarmente) y quien cree que es mejor dejar que se desarrollen libremente, sin imposiciones, para evitar fracasos como el intento de democratización de Iraq.

Muchos académicos y expertos occidentales son tremendamente pesimistas sobre las instituciones políticas del mundo en desarrollo. Este punto de vista sostiene que las malas instituciones políticas son responsables, en gran medida, de mantener en la pobreza a los países pobres. Salir de esa situación es difícil y algunos creen que esta es razón suficiente para tirar la toalla. Otros quieren imponer el cambio institucional desde fuera y hacer que la gente sea más rica y tenga un mayor nivel educativo puede generar un círculo virtuoso del que surjan buenas instituciones.

Banerjee y Duflo dicen estar de acuerdo con los dos:

«El énfasis en las grandes Instituciones, como condición necesaria y suficiente para que ocurra cualquier cosa buena, está fuera de lugar. Las restricciones políticas son reales y dificultan que puedan encontrarse grandes soluciones para los grandes problemas. Pero, al margen, hay una capacidad considerable de mejora de las instituciones y de las políticas. La comprensión cuidadosa de los motivos y de las restricciones de cada uno (los pobres, los funcionarios, los contribuyentes, los políticos electos, etcétera) puede conducir a políticas e instituciones mejor diseñadas y menos proclives a sufrir las consecuencias de la corrupción o de la negligencia. Estos cambios serán graduales, pero se sostendrán y crecerán sobre sí mismos. Pueden suponer el comienzo de una revolución silenciosa».

taurus


 PRISA EDICIONES